

La pelota si se mancha: el Fútbol y los significados simbólicos en la escuela

The ball does get tainted: Football and Symbolic Meanings at school

Tomás Gárate Lagos¹ (tomas.garate2020@umce.cl)

¹ Estudiante Pedagogía en Educación Física, Deportes y Recreación. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Santiago de Chile.

Correspondencia:

Tomás Gárate Lagos

tomas.garate2020@umce.cl

Resumen

El contexto escolar es un fiel reflejo de los marcos de referencia que tenemos en nuestra sociedad. La cultura se expresa toda ella dentro de las aulas y, sobre todo, en los juegos, actividades motrices y deportes. Así, dentro de estos marcos de referencia, los significados simbólicos sobre género (la dominación, el patriarcado, la violencia y las desigualdades) son enseñados y reproducidos activamente o no, por prácticas docentes reproductivas, cuyo fundamento muchas veces se desconoce. Dentro de estas expresiones, existe un deporte en particular que funciona como una máquina fotocopidora de significados simbólicos que organiza con una fuerza ingente la división opresora de género: El fútbol. En este ensayo se discutirá cómo el fútbol en contexto escolar reproduce elementos nocivos, opresores y garantes de la desigualdad, mostrándole a las niñas que su posición es menos valiosa que la de los niños. Como guía del ensayo, se utilizó el texto llamado *Educación física y género. Una mirada al cuerpo en la escuela* de Lucio Martínez y Alfonso García, para comprender cómo el contexto escolar, a través del fútbol, reproduce e inscribe en el cuerpo de las y los estudiantes lógicas de género contrarias a la educación integral y a la libertad de las personas.

Palabras clave: Fútbol, género, violencia simbólica, cuerpo, escuela.

Abstract

The school context is a true reflection of the frames of reference that we have in our society. Culture is entirely expressed within the classroom and, above all, in games, motor activities and sports. Thus, within these frames of reference, the symbolic meanings of gender (domination, patriarchy, violence and inequalities) are taught and actively reproduced or not, through reproductive teaching practices with foundation is often unknown. Within these expressions, there is a particular sport that works like a photocopying machine of symbolic meanings that organizes the oppressive gender division with enormous force: Soccer. This essay will discuss how soccer reproduces harmful,

oppressive and guarantor of inequality elements inside the scholar context, showing girls that their position is less valuable than that of boys. As a guide to this essay, the text *called Gender and Physical Education. A look at the body in the school* of Lucio Martinez and Alfonso García was used to understand how the school context, through football, reproduces and inscribes gender logics contrary to comprehensive education and freedom of people in the body of students.

Keywords: Football, Soccer, Gender, Symbolic Violence, Body, School

Del dolor a la razón

Me duele comenzar este ensayo porque me implica en lo más profundo. Significa una pérdida importante, un despertar. Es la parte dolorosa de la actualización de los marcos de referencia, del estudio, la lectura y la investigación. Todo lo que conocemos y disfrutamos puede cambiar drásticamente su significado simbólico mientras nos sacudimos de la tutela mental que no nos permite servirnos de nuestra propia inteligencia. Kant estaría orgulloso de toda emancipación que sitúe la racionalidad liberadora por sobre cualquier incapacidad o pereza intelectual. Así lo mencionó en su respuesta a la pregunta “*qué es la ilustración?*” (Kant, 1784) Sin embargo, Kant no jugaba a la pelota.

Pero, ¿Qué relación puede haber entre el despertar de la inteligencia y el fútbol? ¿Cómo ligamos estas ideas con la Educación Física, el género y el cuerpo? Esta es la parte en la que expondré, no sin ciertos tintes de tristeza, el daño que la deportivización en general, y el fútbol en particular, ha hecho a nuestra educación, a nuestros cuerpos y a nuestra libertad.

Históricamente se nos ha despojado de nuestra corporeidad, usando la dualidad cuerpo-mente para organizar una Educación Física que sirve como el remanente profano de lo que es realmente importante (Mujica, 2019). La asignatura intercambiable, la que con suerte alcanza la mitad del tiempo teóricamente disponible para hacer una clase (Martinez & García, 1997). Estas situaciones no son más que el ejemplo de que, aún hasta nuestros días, el currículum está fuertemente marcado por el dualismo. Este dualismo, cuya máxima expresión filosófica la encontramos en Descartes, tiene un asidero algo más antiguo, potenciado por la iglesia hace siglos (Dussel, 1974). Todo control y toda disidencia estuvo marcada en el cuerpo y en el se expresaba lo deseable, lo sagrado, lo mundano y lo aborrecible (Evans, 2015). Así cada expresión distinta y/o contraria al modelo impuesto por la iglesia fue perseguida con el objetivo de ser corregida o eliminada. Juana de Arco fue quemada en la hoguera, acusada de brujería, principalmente por asumir un modelo distinto al impuesto e imperante: Vestía como hombre, actuaba como hombre, luchaba como hombre, gustaba de las mujeres y tenía un escolta homosexual. Entonces, independiente de las ideas trascendentales de su vida, la iglesia se empeñó en perseguirla psicológicamente para que ocupara el lugar que le correspondía y se vistiese como mujer (Evans, 2015).

Juana de Arco indicó que su comportamiento era un mandato divino, lo que le significó acusaciones de herejía:

Juana le atribuye a Dios, a sus ángeles y a sus Santos órdenes que van contra la modestia del sexo, y que están prohibidas por la ley divina, cosas abominables para Dios y el hombre, prohibidas y amenazadas por el dolor del anatema por parte de la censura eclesiástica, tales como vestirse con los ornamentos cortos, ceñidos y disolutos de un hombre y tanto como ropa interior como encima de las vestes ... atribuir todo esto a una orden de Dios, a una orden que le ha sido transmitida por los Ángeles e incluso por Santos Vírgenes, es blasfemar a Dios y a Sus Santos, destruir la ley divina y violar las reglas canónicas (Murray, 1987, citado en Evans, 2015, p.38)

Como vemos en este ejemplo, la razón para quemar viva a una mujer fue que vestía con ropas masculinas, y su justificación para hacerlo solo pudo venir del mismo marco de referencia que se le imponía, es decir, Dios. Sin embargo, esta justificación no es más que el deseo de utilizar espacios que le eran prohibidos y la única forma de hacerlo sería homologarse, aceptando e incorporando la propia cultura opresora para poder encontrarle cabida a su existir. Esto es lo que sucede en cada recreo en los establecimientos educacionales donde el patio es una cancha. En este caso, la inquisición es el fútbol.

Puede que lo anterior suene extraño o extremista, pero lo cierto es que como plantean los autores del texto que guía mi ensayo, citando a Merleau-Ponty, “(...) *el cuerpo está en el origen de todos los símbolos, es el punto de referencia permanente de ellos, el símbolo de todos los símbolos existentes o posibles*” (Acuña, 1994, citado en Martínez & García, 1997, p. 181). Entonces, lo anterior refleja que en las actividades que permitimos y realizamos con y en nuestros cuerpos (y las que no realizamos) sobreviven convicciones de muchos siglos e ideas dominantes ancladas en marcos conceptuales que son nocivos para la educación de nuestros días. Tal es el caso del fútbol.

Si pudiéramos establecer una comparación para entender mejor este panorama, podríamos homologar la religión cristiana occidental con el sistema escolar (ambos tienen la dualidad como elemento central) y la iglesia sería el fútbol (ambos se encargarían de

hacer cumplir la voz divina, imponiendo cierto comportamiento que vaya acorde a la religión). Asimismo, todo castigo recae siempre en quien no se ajusta a la norma, y piensa o siente distinto, y el fútbol en esto tiene un papel crucial.

Lo sociopolítico del olor a sudor

Una vez que hemos pensado sobre si el fútbol puede marcar y determinar con fuerza en nuestro propio cuerpo la posición que deberíamos ocupar en el mundo, revisemos ahora algunas experiencias que darán cuenta de qué forma se da aquello.

Toda mi vida escolar, en especial mi enseñanza básica, me vi utilizando a placer el patio de mi colegio que consistía principalmente en canchas contiguas, con cinco canchas en total. El resto del espacio disponible, se orientaba al descanso puesto que las jardineras y las bancas estaban ahí. En los recreos las mujeres desaparecían, volviendo a encontrarlas en la sala de clases, compartiendo mi olor y mi sudor característico posterior a un partido de fútbol, situación acaecida todos los días del año. A mi y a mis compañeros nunca nos importó adueñarnos del 80% del patio, ni obligar a quienes no jugaban a aguantarnos desaseados después de jugar. Existíamos sin más, sin miedo, en el exterior. Ahora miro en retrospectiva a mis compañeras relegadas a la sala de clases o a los pasillos y a mis compañeros que no compartían la cultura del fútbol verse reducidos y dejados de lado. La injusticia era tan evidente como naturalizada, donde nadie decía nada. Ni siquiera mis compañeras expresaron malestar cuando la clase de Educación Física se centraba en el “juego libre”, en donde nosotros nos movíamos y corríamos a la cancha, y quienes no jugaban fútbol permanecían en la inactividad. Era respetado por toda la institución que los hombres jugaban fútbol y quitarnos eso era impensado. Pero si era posible dejar sin actividad alguna a las mujeres. Todo esto no lo aprendimos explícitamente, más bien se nos grabó a fuego día tras día en el juego, en el cuerpo y en la ocupación del espacio. Todo el orden simbólico patriarcal, androcéntrico y violento en un solo deporte.

Bourdieu (2000) propone que la dominación masculina funciona como orden estructurante y estructurado, que se asigna a los cuerpos y funciona como profecía autocumplida. Este orden organiza las relaciones más cotidianas entre los sexos, asignándoles un orden de género rígido que se incorpora como natural, organizando

también todas las actividades posibles, encarnando en ellas el mismo orden al que responden, el cual es binario, arbitrario y androcéntrico, en donde lo masculino posee mayor valor simbólico que lo femenino. En este sentido el fútbol nos sitúa de una forma extremadamente poderosa dentro de esta batería de significados simbólicos. Nos enseñó que nuestro lugar (el de los hombres) es afuera, activos, imponiendo nuestro significado sin que nadie nos cuestione ese privilegio. Le enseñó a mis compañeras y compañeros disidentes en cuanto a la cultura masculina del fútbol, que no tenían ese privilegio: que su posición es pasiva, reclusa, inferior y al interior, con sus significados de menor categoría, y todo esto sin que nadie nos dijera palabra alguna (y menos alguien que nos dijera lo contrario). Por lo tanto, la idea de que las actividades físicas organizadas (juegos, rituales, danzas o deportes) transmiten valores predominantes de una sociedad concreta (Martínez & García, 1997) obtiene con el fútbol su expresión máxima. El currículum, las asignaturas e incluso la escuela misma tienen una construcción social, que concuerda perfectamente con la valoración desigual de lo masculino por sobre lo femenino y que se ve en el lugar que tiene el fútbol, como deporte y en los espacios destinados para practicarlo, en la mayoría de las escuelas. Este punto es donde debemos decidir, desde la docencia, hacia dónde queremos apuntar: ¿Queremos reproducir la violencia y la desigualdad a partir de nuestras prácticas como docentes? ¿Queremos que la forma de existir corporalmente de nuestras niñas sea, desde sus primeros pasos la de inferioridad? Para luchar contra esto, comencemos por borrar el fútbol como elemento central del currículum y de nuestras clases.

Ahora bien, permítanme llevarles desde el análisis anteriormente presentado, nuevamente hacia la dualidad para explicar un peligroso fenómeno ontológico. Por un lado, ya se ha expuesto que la dualidad mente-cuerpo anula a este último, restándole importancia y bloqueando todas sus posibilidades de existencia. Así, esta dualidad sitúa a la Educación Física desde un modelo biológico determinista, lo que significa negar la propia conducción humana, ya que desconoce lo social, lo valórico, lo cultural, lo relacional y lo fenomenológico que existe en nuestros cuerpos (Hurtado, 2008). Entonces, la Educación Física tradicional, deportivizada, orientada al rendimiento y que concibe al cuerpo como una máquina, impone una nulidad al ser que es compartida por todas las personas. Sin embargo, existe una segunda nulidad que afecta a quienes no son parte de la cultura

masculina hegemónica y privilegiada. Esta segunda nulidad, que se expresa por excelencia en el fútbol, consiste en reducir lo posible, anular significados propios y definirse a partir de la mirada dominante. Una mujer aprende en el juego y en el deporte que su posición es secundaria y definida por el hombre, quien encarna la definición de las cosas. Aprende que ella no tiene instancias parecidas en cuanto a importancia como lo es el fútbol para los hombres. Aprende que las expresiones motrices y deportivas permitidas para ella son las que precisamente encarnan el rol que se espera de ella (juegos de cuidados, canciones, juegos ordenados o deportes considerados femeninos, como lo es el vóleybol y su vestimenta). Entonces, ¿qué posibilidad le queda a la mujer o a quien se considere disidente de la cultura dominante de explorar sus posibilidades corporales? La inactividad parece el camino inevitable.

El cuerpo es el primer y más poderoso elemento de legitimación y definición de modelos de socialización. Es a partir del juego, del deporte y de las actividades motrices y corporales que conocemos el mundo (Ruiz-Gutiérrez, 2017). Conocemos nuestra posición y el valor simbólico de toda nuestra existencia y la de los demás a través de lo que nuestro cuerpo permite.

Desde el año 427 a.c, Platón ha planteado que la forma de asimilar la cultura del lugar de origen es a través del juego y del movimiento (Enriz, 2011). Diversos autores han seguido ideas en este sentido, como Vygotski y su teoría Socio histórica, en donde destaca el valor socializador del juego (Ruiz-Gutiérrez, 2017) o la teoría del preejercicio de Karl Gross para quien el juego es “(...)entrenamiento para la lucha por la vida y la supervivencia...” (Ruiz-Gutiérrez, 2017, p.10). Pero la forma en que jugamos y nos movemos nos entrena para segregarnos, oprimirnos y violentarnos. Esto ocurre porque, aunque todas las personas puedan participar del modelo deportivo sin diferencias explícitas, la definición de este modelo socializa y refuerza la primacía masculina, haciendo que muchas personas abandonen el esfuerzo de incorporarse, por ejemplo, al fútbol, por representar metas e idearios simbólicos con los que no se identifican o no están de acuerdo (Martinez & García, 1997). Estandarizar todo en la Educación Física es una trampa en donde el triunfo de lo masculino se hace presente de formas más sofisticadas. Debemos primero generar otros significados y reivindicar expresiones más democráticas y

liberadoras. Por lo tanto, *“no se debe caer en la trampa de considerar universal lo que es propio de una parte de la humanidad”* (Martinez & García, 1997, p.192).

Tomando en cuenta lo anterior, el fútbol y su cultura orquesta el orden social masculino y opresor mucho mejor que un grito correctivo y violento de un profesor o profesora. Lo explícito genera resistencia, duele en el cuerpo mismo. Sin embargo, el fútbol se encuentra arraigado en la configuración de las cosas, paraliza el país, mueve mucho dinero, genera referentes y posibilita expresiones en donde lo masculino cobra importancia total sin cuestionamientos. Está en las casas, en nuestros colegios, en nuestras actividades de recreación y en nuestras clases de educación física. Esta en la televisión, en las noticias, nos hace parte de algo y nos diferencia con el resto. Todo desde la mirada masculina.

El fútbol en los patios de colegio nos divide, nos aleja y nos pone en contra. Luce orgulloso el orden imperante y lo defiende con todas sus fuerzas. Define la relación entre mujeres y hombres, en donde la libertad de quienes no juegan fútbol está condicionada por la acción de quienes si lo hacen. Establece jerarquías claras, avaladas por toda la cultura escolar. Divide a hombres y mujeres, establece rivalidad o ignorancia de ellos hacia ellas, y esto es lo que marca la relación de género (Martinez & García, 1997). En este contexto no existe respeto, ni cooperación, ni compañerismo, ni entendimiento. Las relaciones son forzosas y poco profundas, y mientras unos se desarrollan, otras se sienten coartadas, pero sin capacidad de reclamar. Todo indica que lo masculino es lo importante y la Educación Física ha sido cómplice de esta atrocidad. En este sentido, Martínez y García (1997) desarrollan un interesante punto en donde evidencian que la forma de superar esta Educación Física opresora no es la mezcla o la supresión mecánica de cualquier forma de diferencia (lo que generaría una aceptación tácita de la dominación masculina) sino lograr un respeto entre personas que trabajan juntas y, sobre todo, una reconfiguración de nuestros marcos de referencia que ordenan nuestro mundo.

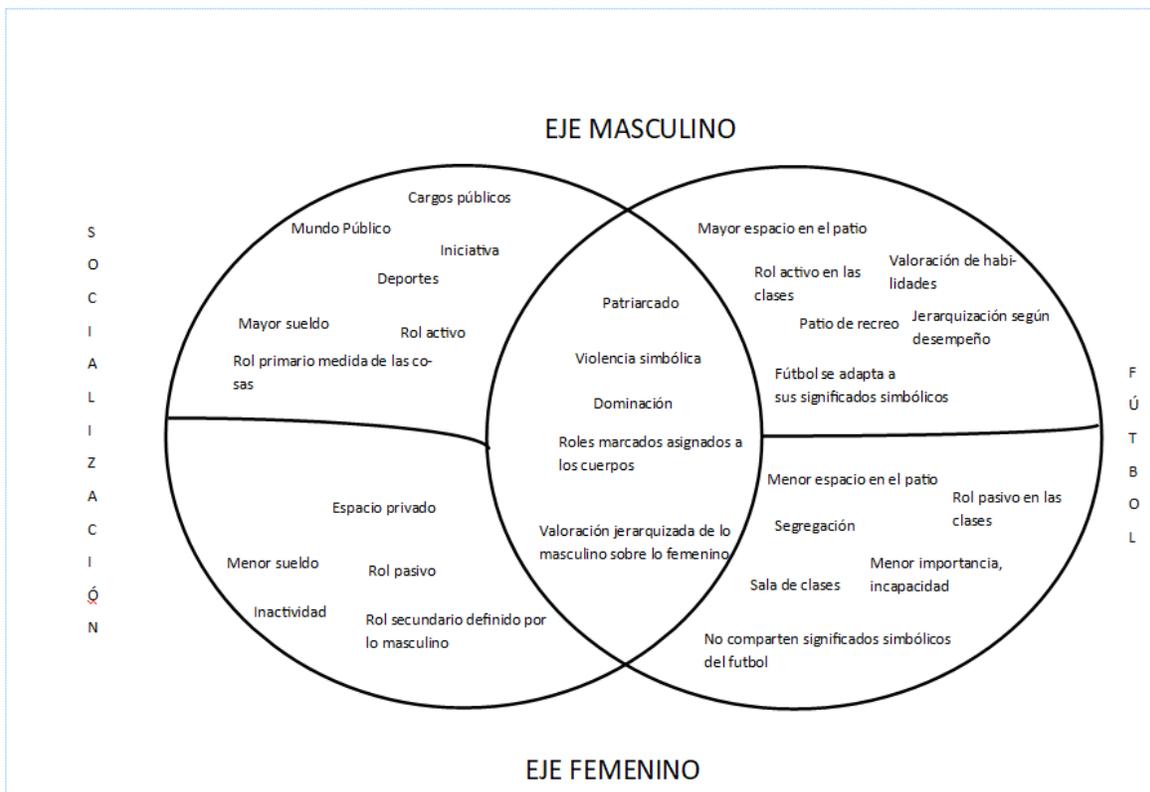


Figura 1. Mapa simbólico comparativo entre el eje de la socialización, el marco de referencia de género y el fútbol en el contexto escolar (Gárate, 2022)

En la figura 1 se muestran dos círculos, con sus respectivos ejes masculinos y femeninos. El espacio en común de esos círculos representa cómo se relacionan estos ejes entre sí. Podemos ver que tanto el marco de referencia social, así como el fútbol, se organiza en torno a posiciones binarias entre lo masculino y femenino, siendo una más importante simbólicamente que la otra. En este sentido el rol activo y el mundo público, atribuido a lo masculino, obtiene su símil en el fútbol en contexto escolar, en donde la mirada masculina tiene una importancia desproporcionada que define todas las prácticas y significados. Así, el fútbol escolar es un escenario calcado y a escala del mundo socio-cultural que determina los roles de género y en este sentido, incorpora todas estas lógicas sociales de funcionamiento en los cuerpos y mentes de alumnos y alumnas, de una manera adaptada y sutil. Todos y todas entienden a través de este deporte qué es lo importante y lo

que carece de importancia, lo que se puede o no hacer y a quienes le pertenece el mundo y a quienes no.

¿Y la Educación Física?

Ahora bien, ¿cómo construir una Educación Física que cambie la manera injusta de organizar el mundo social con respecto al género y logre una sociedad democrática e igualitaria? Lo primero es devolverle la centralidad a la asignatura. La única forma de superar la dualidad como pilar fundamental de nuestra educación, es a través del cuerpo. En el cuerpo y a través de los movimientos, juegos y deportes, entendemos de forma muy profunda lo que es nuestra sociedad, y la forma en que organicemos aquellas actividades genera luego comportamientos, actitudes y valoraciones distintas. Superar esta dualidad significa abandonar el fútbol como recurso pedagógico por excelencia, y darle la importancia que merece: una expresión deportiva que valora la competencia y que en estos momentos expresa el orden masculino y patriarcal dominante. Pero también es necesario abandonar urgentemente la deportización, la biologización y la higienización de la Educación Física para darle paso a la motricidad, como expresión de la corporeidad, que trasciende el modelo cuantitativo positivista e incorpora lo social, lo cultural, lo axiológico, lo fenomenológico, la intencionalidad y la emocionalidad, construyendo un modelo educativo liberador.

Todas nuestras acciones y modelos tienen una base emocional (Maturana, 2001) y depende de cada docente cuestionar su práctica al punto de entender cuál es la emocionalidad que funda lo que hace. ¿Queremos negar a los demás llenando de fútbol y de competencia todas nuestras expresiones corporales desde nuestros primeros pasos? ¿o buscamos una socialización distinta a partir de cómo relacionamos nuestros cuerpos, cómo valoramos la diversidad y cómo reivindicamos toda identidad avasallada por lo masculino? Ni matemática, ni lenguaje, ni ciencias, ni historia puede cambiar las pautas sociales cómo la Educación Física podría hacerlo. Aquellas asignaturas, tal como se presentan hoy en día, le pertenecen a la mente mientras el cuerpo es adoctrinado en el pupitre, dentro de la sala, en el mayor silencio posible, con un cuerpo silenciado y tolerado. El cuerpo desatado en los recreos es robado por el fútbol que orienta toda conciencia a la incorporación de la

violencia simbólica y la dominación masculina. La única forma de poder hacer frente a esta desigualdad general es a través de la motricidad en la Educación Física. Es la única asignatura que puede incorporar (realmente sentir en el cuerpo) las posibilidades de nuevas relaciones que liberen de cualquier opresión. Pero primero, abandonemos el fútbol.

Conclusión

Profundizar en la lógica reproductiva del contexto escolar nos permite hacernos cargo de nuestra propia profesionalización. Investigar en la Educación Física, superando los paradigmas dualistas, enriquece las posibilidades de generar una docencia situada y responsable. Esta responsabilidad radica en definir a partir de qué paradigma abordaremos nuestras prácticas docentes, definiendo ontológica, epistemológica y metodológicamente lo que entendemos, y queremos, por Educación Física. En este sentido, no existen las personas sin corporeidad, y la corporeidad no podría expresarse si no existiera la dimensión sociocultural que influencia lo que somos. Por lo tanto, el cuerpo no es simplemente cuerpo material y biológico. La interacción, el género y lo simbólico nos constituye, al igual que la escuela es constituida por lo social, lo histórico, lo cultural y lo político.

Como profesores y profesoras, tenemos la responsabilidad de hacernos cargo de desentramar y justificar todo lo que hacemos. Y hablo de responsabilidad, porque son niños y niñas, quienes pueden alcanzar una educación integral, liberadora, respetuosa y democrática si la docencia realmente se preocupa de entenderse a sí misma y no reproducir. Pero para eso, tenemos que investigar a fondo el campo de nuestra disciplina.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Dussel, E. (1974). *El dualismo en la antropología de la cristiandad*. Guadalupe.
- Enriz, N. (2011). Antropología y juego: apuntes para la reflexión. *Cuadernos de Antropología Social*, 34, 93-114.
- Evans, A. (2015). *Brujería y contracultura gay. Una visión radical de la civilización occidental y de alguna de las personas que han tratado de destruirla*. Descontrol.

- Hurtado, D. (2008). Corporeidad y motricidad. Una forma de mirar los saberes del cuerpo. *Campinas, Educ. Soc.*, 29(102), 119-136.
- Kant, I. (1874). *Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung?* Berlinische Monatsschrift.
- Martinez, L. & García, A. (1997). Educación Física y género. Una mirada al cuerpo en la escuela. En T. Alarios & C. García (Coord). *Persona, género y educación* (pp. 31-71). Amarú.
- Maturana, H. (2001). *Emociones y lenguaje en educación y política*. Dolmen.
- Mujica, F. (2019). El dualismo cuerpo y alma en la educación física: Análisis de las ideas de José María Cagigal. *EmásF, Revista Digital de Educación Física*, 60, 116-126..
- Ruiz-Gutierrez, M. (2017). *El juego: Una herramienta importante para el desarrollo integral del niño en Educación Infantil*. Tesis de Maestría. Cantabria: Universidad de Cantabria.